

LA CIVILIZACION DE LA INDIA ANTIGUA



ALEJANDRO
GUTMAN

LA CIVILIZACION

de la

INDIA ANTIGUA

por

Alejandro Gutman

La Civilización de la India Antigua

Edición Digital Exclusiva

Primera Edición 2009

© 2009 Alejandro Gutman. Todos los derechos reservados.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, incluido el diseño tipográfico y de portada, por cualquier medio sin la autorización por escrito del autor.

La foto de la portada es la de un enigmático personaje en el muro sur del hall del templo Nāgeśvarasvāmi en Kumbakonam, Tamilnadu, representando, quizás, a un devoto. Data del período Coḷa (c. 910 EC).

ÍNDICE

Prefacio	VII
Nota sobre la Pronunciación y Transliteración del Sánscrito	IX
I. El Territorio	1
II. Historia	6
A. Las Fuentes	6
B. Edad de Piedra y Expansión en el Valle del Indo	8
C. La Civilización de Harappa	10
D. El Arribo de los Arios y la Difusión de la Cultura Védica	15
E. Los Primeros Estados	17
F. El Imperio Maurya	19
G. La Era de las Invasiones	23
1. <i>La llanura del Ganges y Orissa</i>	24
2. <i>El noroeste</i>	24
a. Grecobactrianos e Indogriegos	24
b. Indoescitas	26
c. Indopartos	29
d. Los Kuṣāṇas	29
H. El Brillo de los Gupta y la Amenaza de los Hunos	31
I. Harṣa, un Hombre Único	35
J. La Triple Disputa por Kanauj	37
K. La Penetración Islámica	39
L. El Sultanato de Delhi	41
M. India Meridional	46
1. <i>Prehistoria e historia temprana</i>	46
2. <i>Los Sātavāhanas</i>	48
3. <i>Los Vākāṭakas, aliados de los Guptas</i>	49
4. <i>El Deccán septentrional</i>	50
5. <i>Dos dinastías tamiles: Pallavas y Coḷas</i>	52
6. <i>Cuatro reinos regionales</i>	54
7. <i>Vijayanagara</i>	56
N. Bibliografía	59
III. Religión y Filosofía	63
A. Religión Védica	63
B. Hinduismo	74
1. <i>Principios</i>	74
2. <i>Mitología</i>	76
3. <i>Cosmología</i>	79
4. <i>Viṣṇu</i>	79

5. <i>Śiva</i>	82
6. <i>Devī y Tantra</i>	84
7. <i>Deidades secundarias</i>	85
8. <i>El culto a los dioses</i>	87
9. <i>Textos sagrados</i>	88
a. Vedas y Upaniṣads	88
b. Bhagavad-gītā	88
c. Purāṇas	89
d. Āgamas śivaítas	90
e. Saṃhitās viṣṇuitas	90
f. Tantras	90
C. Jainismo	91
D. Budismo	93
1. <i>Buda y sus enseñanzas</i>	93
a. El Buda histórico	93
b. Fundamentos del budismo	95
2. <i>Historia del budismo</i>	96
a. Las primeras escuelas y el Pequeño Vehículo	96
b. El Gran Vehículo y el Tantrismo	98
3. <i>Literatura budista</i>	99
a. El Canon Pali	99
b. Literatura Theravāda poscanónica	101
c. Literaturas Mahāyāna y Tántrica	102
E. Las Filosofías	104
1. <i>Introducción</i>	104
2. <i>Escuelas hindúes</i>	106
a. Sāṃkhya	106
b. Yoga	109
c. Vaiśeṣika	110
d. Nyāya	112
e. Pūrva-Mīmāṃsā	115
f. Vedānta	116
g. Del lenguaje	120
h. Śaiva	121
3. <i>Filosofía Jainista</i>	124
4. <i>Filosofías Budistas</i>	127
a. Hīnayāna	127
b. Mādhyamika	129
c. Yogācāra	129
d. Lógica	130
5. <i>Escépticos, deterministas y materialistas</i>	132
F. Bibliografía	133
IV. Lenguaje y Literatura	141
A. Profusión de Lenguas y Diversidad de Escrituras	141
B. Épicas	147
1. <i>Mahā-bhārata</i>	147
2. <i>Rāmāyaṇa</i>	150

C. Literatura Sánscrita Clásica	153
1. <i>La poesía</i>	153
a. Introducción	153
b. Poesía narrativa	155
c. Poesía lírica	159
2. <i>Narrativa</i>	163
a. Fábula y cuento	163
b. Romance, biografía, historia	167
3. <i>El teatro</i>	171
4. <i>Śāstras</i>	179
5. <i>Gramática</i>	182
6. <i>Poética y estética</i>	183
D. Literaturas en Indoario Medio	185
1. <i>Pali</i>	185
2. <i>Prácritos</i>	191
3. <i>Apabhramśa</i>	192
E. Literatura Tamil Clásica	193
F. Bibliografía	201
V. Ciencia y Tecnología	206
A. Astronomía y Matemáticas	206
B. Física y Química	212
C. Medicina	213
D. Bibliografía	215
VI. Arte y Arquitectura	217
A. Comienzos bajo los Mauryas	217
B. Stūpas Monumentales	219
C. Arquitectura Rupestre Temprana	223
D. Los Kuṣāṇas: las Escuelas de Gandhāra y Mathura	226
1. <i>Gandhāra</i>	227
2. <i>Mathura</i>	233
E. Escultura Gupta	236
F. Arquitectura Rupestre Tardía	239
G. El Templo en la India del Norte	247
1. <i>Las primeras estructuras</i>	247
2. <i>La etapa formativa</i>	249
3. <i>El apogeo</i>	253
a. Candellas	253
b. Solaṅkis (Caulukya)	256
c. Paramāras	257
4. <i>El período posclásico</i>	258
H. India Oriental	259
1. <i>Bihar y Bengala</i>	259
2. <i>Orissa</i>	261
I. El Templo en la India del Sur	263
1. <i>Cālukyas Tempranos</i>	263

2. <i>Cālukyas Tardíos</i>	266
3. <i>Hoysalas</i>	268
4. <i>Kākatīyas</i>	269
5. <i>Pallavas</i>	270
6. <i>Colas</i>	272
7. <i>Vijayanagara</i>	276
8. <i>Nāyakas</i>	278
J. El Islam, un Nuevo Comienzo	280
1. <i>Las siete ciudades de Delhi</i>	280
2. <i>El Deccán</i>	285
3. <i>Otros estilos regionales</i>	289
a. Bengala	289
b. Jaunpur	290
c. Malwa	291
d. Gujarat	291
K. Bibliografía	293
VII. Apéndices	295
A. Gobernantes de la India	295
1. <i>India del norte</i>	295
2. <i>Deccán</i>	300
B. Dinastías y sus Monumentos	305
1. <i>India septentrional</i>	305
2. <i>India oriental</i>	307
3. <i>India meridional</i>	308
4. <i>India islámica</i>	309
C. Monumentos Rupestres	311
D. Purāṇas	312
E. Glosario	315

Prefacio

En esta obra intento dar un panorama de la civilización de la India antigua, una de las cuatro o cinco más grandes creadas por la humanidad, todavía relativamente poco conocida en el mundo de habla hispana a pesar del número creciente de publicaciones en español al respecto. Tratar de sintetizar los logros de una civilización tan compleja en un solo volumen es una tarea difícil, justificable por la casi total ausencia de libros globales sobre el tema y por la heterogeneidad abrumadora de la literatura correspondiente, en su vasta mayoría en idiomas extranjeros y en muchos casos accesible únicamente en bibliotecas especializadas. Mi intención es proveer al lector con una suerte de manual abierto, escrito en un lenguaje conciso, que le permita no sólo orientarse en un denso bosque de ideas, textos, templos y costumbres, sino también acercarse, si así lo desea, a las fuentes primarias. Para ello incluyo en el cuerpo del libro una serie de tablas detallando las principales obras literarias, científicas y filosóficas de la India antigua, además de varios apéndices conteniendo listas de los monumentos artísticos más importantes, una sinopsis de los Purāṇas (las escrituras del hinduismo), una lista de gobernantes y un glosario. Con el mismo fin, la bibliografía es bilingüe (títulos en inglés y en español, con unos pocos en francés) y comentada, señalándose brevemente el alcance y la naturaleza de muchas de las referencias mencionadas. Una peculiaridad del libro es presentar una antología sustancial de fuentes históricas y textos literarios representativos (aquellos en sánscrito y pali traducidos directamente por mí). Otra, es la abundancia de las ilustraciones que, para mayor claridad y facilidad de empleo, he agrupado en un segundo tomo, exclusivamente, iconográfico. Una quincena de mapas especialmente diseñados, numerosos planos de sitios arqueológicos y monumentos, dibujos y más de 200 fotografías amenizan y tratan de hacer más comprensibles las secciones de historia y arte.

El plan del presente trabajo es sencillo. Después de una breve descripción del entorno físico, delimito un número de zonas culturales para abordar luego, sucesivamente, la historia, religiones y filosofías, lenguajes y literaturas, la ciencia, y el arte y arquitectura de la India desde las épocas más remotas hasta la toma del poder por los Mogoles en 1.526 siguiendo siempre un orden cronológico, dividido por dinastías cuando resulta necesario (en la historia, por supuesto, pero también en el arte). La conquista del país por los Mogoles fue un acontecimiento trascendente y aunque no implicó la extinción de la cultura india marcó una ruptura considerable con el pasado y el predominio del Islam desde ese entonces hasta la llegada de los ingleses. Por supuesto, una fecha tan precisa sólo sirve como un hito y no puede aplicarse de manera estricta a todo el país, tal es así que mi resumen de la historia india continúa en el sur hasta 1.565, año de la caída de Vijayanagara, el último gran estado hindú. Más difíciles de delimitar aún son los eventos culturales, ya que si bien están inmersos en la historia no siguen fielmente sus vaivenes y por ello cada capítulo exige un marco temporal algo diferente; algunos terminando antes de esta fecha límite, otros continuando hasta los siglos XVII o XVIII.

La considerable extensión en el tiempo de la civilización india invita a su divi-

sión en períodos sobre los cuales no hay consenso en cuanto a su denominación, duración y significación. En el pasado se intentaron paralelismos con la historia y el arte del occidente, pero hoy los indólogos son más conscientes de los peligros de esta actitud etnocéntrica tratando de evitar la aplicación de un modelo evolutivo formulado para una civilización a otra tan diferente como la india y, en consecuencia, no necesariamente válido en ese contexto. A pesar de sus potenciales inconvenientes me ha sido imposible excluir por completo términos tales como clásico y medieval en la obra. Medieval se aplica aquí al largo período de fragmentación política que sucede a la desaparición de los “imperios centrales” siendo su límite inferior el siglo VII y su límite superior coincidente con el arribo de los Mogoles. La falta de unidad en este tiempo y la existencia de procesos de tipo semifeudal implican una cierta similitud con la historia medieval europea por lo cual creo que el término es aceptable siempre y cuando no se insista demasiado en el paralelismo. Aún más cargado de asociaciones es el concepto de clásico. Lo he utilizado aquí en dos sentidos. Uno de ellos no tiene connotación temporal refiriéndose a un modelo, un ideal, una forma usual o normativa. En otro, lo he aplicado al período más vital de la cultura india, sobre todo al comprendido entre los siglos II a VII, aunque la asincronía entre sus diversos procesos necesite de una gran flexibilidad y sus límites cronológicos varíen según los capítulos.

Para fechar los acontecimientos he utilizado, en vez de los tradicionales antes y después de Cristo, los términos equivalentes, aunque más neutrales: antes de la era común (aEC) y era común (EC). Las fechas son, por otra parte, casi siempre aproximativas y por ello precedidas por la abreviatura de la palabra latina *circa* (c.). Por último, he diferenciado claramente entre indio e hindú (la etimología de ambos se explica en la sección siguiente), designando con el primer término a todos los habitantes de la India y reservando el segundo exclusivamente para los seguidores del hinduismo, la religión predominante en la India actual.

Quisiera agradecer en primer lugar y, sobre todo, a mi esposa Beatriz Avanzati por su paciencia en la larga preparación de esta obra, por compartir conmigo la fascinación por la India y discutir incansablemente sobre su cultura. También, y no menos importante, por haber revisado críticamente el manuscrito en varias oportunidades y haber contribuido con un buen número de dibujos a la iconografía. Varias instituciones e individuos me autorizaron a reproducir sus fotografías, a ellos asimismo mi agradecimiento. Testimonio de mi deuda con multitud de indólogos y reconocimiento de sus logros son los ensayos bibliográficos al final de cada capítulo.

Nota sobre la Pronunciación y Transliteración del Sánscrito

El estudio de la India antigua requiere el empleo de un cierto número de vocablos técnicos, en su mayoría sánscritos, explicados en el texto y en un glosario al final del libro. Ellos, y otras palabras extranjeras, aparecen en letra cursiva con excepción de los nombres propios y de aquellos incorporados al castellano y aceptados por la Real Academia Española tales como: ario, avatar, brahmán, esvástica, gurú, karma, nirvana, prácrito, sánscrito, yoga y yogui, entre otros. Unos pocos aún no incorporados oficialmente al español, pero de uso muy frecuente en esta obra, como drávida y bodhisattva, tampoco aparecen en cursiva. La transcripción de términos sánscritos al alfabeto latino necesita del uso de marcas diacríticas empleándose aquí las convenciones internacionales, en vez de intentar “castellanizarlos” arbitrariamente con lo cual se evitan ambigüedades y confusiones. Las características del alfabeto empleado para escribir el sánscrito se explican en la sección de Lenguaje. A continuación, se indica sucintamente la pronunciación del sánscrito, la cual no ofrece dificultades mayores:

Las vocales a, i, u, se pronuncian como en español; ā, ī, ū son sus similares largas, de una duración doble a la de las anteriores. Una vocal sin equivalente en nuestro idioma es ṛ, pronunciada ri (con una i breve como en la palabra inglesa *pretty*); e, o, son considerados diptongos (junto con ai, au) y tienen una duración larga. El resto de los sonidos del sánscrito, representados por un buen número de consonantes oclusivas, semivocales y fricativas, se parecen a los del español, señalándose sólo las diferencias:

g	como en ganar (nunca como en general)
c	como ch
ch	ch enfatizada.
j	como <i>joy</i> en inglés
ñ	es una n nasal, como en inglés <i>ink</i> o <i>sing</i> .
ś, ṣ	como <i>she</i> en inglés

Las retroflejas, ṭ, ṭh, ḍ, ḍh, ṇ son muy similares a las dentales (t, th, d, dh, n); kh, gh, jh, th, dh, ph, bh son versiones aspiradas de k, g, j, t, d, p, b. Un caso especial es el del *anusvāra* y el *visarga*, ambos sin sonido propio, pero modificadores de otros sonidos, y por eso no considerados letras verdaderas. El primero, representado por ṁ, nasaliza y alarga la vocal precedente, el segundo, representado por ḥ, es una exhalación de aire seguida de un débil eco de la vocal precedente.

Palabras extranjeras en tamil, persa, árabe, chino, etc., se transcriben sin marcas diacríticas para no abrumar al lector, teniendo en cuenta que cada idioma requiere un sistema diferente de transliteración. Por la misma razón, se emplean los nombres geográficos usuales de la India, tal como suelen aparecer en los mapas, aun a riesgo de crear inconsistencias (así se emplea Kṛṣṇa para referirse al dios, pero para designar a un río homónimo se usa la forma Krishna, menos correcta). Nombres de regiones y ciudades antiguas, sin equivalente moderno, se transliteran en cambio con diacríticos.

También para simplificar, y siguiendo una práctica usual, he añadido una s final a las palabras sánscritas para convertirlas al plural aunque este emplee reglas muy distintas para ello; así uso *nāgas* (serpientes) como plural de *nāga*, en vez de la forma correcta *nāgās*, y *apsaras* (danzarinas celestiales) sirve aquí tanto para el singular como para el plural, ignorando el plural sánscrito *apsarasas*. Por motivos de eufonía muchas palabras sánscritas coalescen en la escritura. Cuando es posible separarlas fácilmente, lo he indicado mediante un guión como en *mahā-maṇḍapa* (“gran hall”); cuando escindir la palabra compuesta implica alterarla he preferido respetar su forma original empleando, por ejemplo, *gavākṣa* en vez del artificial *gava-akṣa*.

I. El Territorio

La India ocupa la mayor parte de un subcontinente, más o menos triangular, dividido de la gran masa continental asiática por grandes cadenas montañosas en el norte y por el océano en el este y oeste. La India antigua era más vasta que la actual incluyendo lo que es hoy Pakistán, sur de Nepal y Bangladesh [Fig. 1]. En cambio, Bhutan, el norte de Nepal y la isla de Sri Lanka si bien pertenecen a la misma división geográfica, conocida como Asia del Sur, tienen su propia identidad merecedora de un tratamiento aparte.

El nombre India deriva de *sindhu*, una palabra autóctona que significa río y que se aplicó originalmente al Indo, el gran curso de agua que surca longitudinalmente a Pakistán. Los persas la pronunciaron *hindu* transmitiendo el término a griegos y romanos quienes lo mutaron en Indus e India empleando este último, por extensión, como apelativo de todo este nuevo mundo de fronteras inciertas y latitud desconocida cuyas primeras, escasas, noticias llegaron a Occidente por boca de los mismos persas y que, más tarde, vislumbró Alejandro de Macedonia. Los locales, por su parte, ignoraron esta denominación designando a su tierra como “país de Bharata” en alusión a un ancestro mítico de la estirpe de los guerreros.

A las casi infranqueables cordilleras que los separan de la alta meseta tibetana los indios llamaron “morada de las nieves”, *himālaya* en sánscrito, nombre muy apropiado para picos que sobrepasan la línea de la nieve perpetua formando el mayor sistema orográfico del planeta. Los Himālayas constituyen, en efecto, una formidable barrera, integrada por un triple arco de cadenas paralelas, de unos 2.500 kilómetros de longitud, continuándose en el oeste con las montañas del Karakoram e Hindu Kush interpuestas, a su vez, entre los valles de los ríos Amu Darya (el antiguo Oxus) e Indo [Fig. 2]. Una serie de pasos permiten eludir, sin embargo, los obstáculos del relieve, particularmente el de Bolán en Baluchistán (sudoeste de Pakistán) y el de Khyber que comunica Jalalabad en Afganistán con Peshawar en Pakistán. Al atravesarlos se encuentra una vasta y fértil llanura, surcada por el Indo y el Ganges, extendiéndose interminable hacia el este. El Ganges, el gran río sagrado de la India, nace en el Himālaya corriendo primero de norte a sur y luego de oeste a este para después de un largo trayecto desembocar en la bahía de Bengala donde confluye con el Brahmaputra. En su camino recibe numerosos afluentes entre los que sobresale el Yamuna con el que delimita la fértil región del Doāb, o “tierra de los dos ríos”, otrora cubierta de densos bosques, talados progresivamente para transformarla en tierra de cultivo. La región extremadamente húmeda de Assam, comprimida entre el Himālaya y el macizo birmano, prolonga la llanura indogangética hacia el este sólo interrumpida aquí por la meseta de Shillong con sus yacimientos de hierro y carbón.

La tercera gran división geográfica de la India, después del Himālaya y la llanura indogangética, es la meseta del Deccán, una de las áreas geológicas más arcaicas del planeta y parte del continente primordial de Gondwana en un remoto pasado. Está enmarcada por relieves relativamente modestos en el norte ya que los montes Vindhya raramente sobrepasan los 1.000 metros. Hacia el oeste y el este se extienden, paralelos a las costas, otros relieves, los Ghats. Los occidentales son los más

escarpados formando una cadena casi continua de 1.500 kilómetros de longitud, más alta en el sur que en el norte, donde termina en una serie de eminencias con picos de más de 2.600 metros. Como los Ghats occidentales reciben una abundante lluvia, son la fuente de los principales ríos de la península entre los que se incluyen el Godavari, el Krishna y el Kaveri (o Cauvery). Otro río de envergadura del Deccán y el único, junto con su hermano menor el Tapti, en correr hacia el oeste, es el Narmada el cual, acompañando siempre a los Vindhya, termina por desembocar en el Mar Árabe.

Por estar cerca del ecuador, el clima de la India es cálido la mayor parte del año. Se distinguen tres estaciones cuyo ritmo sigue los dictados del monzón, un sistema eólico regido por las diferencias de presión entre una masa continental de temperatura cambiante y el mar de temperatura relativamente estable. Los vientos monzónicos son los responsables del régimen de lluvias periódicas que caen en forma abundante entre junio y septiembre en la mayor parte del subcontinente. A esta estación húmeda y calurosa le sucede, de octubre a febrero, una templada y seca; a partir de marzo un nuevo aumento de la temperatura anuncia el comienzo de un verano tórrido y seco.

La geografía contribuyó a determinar zonas culturales de límites imprecisos, pero relativamente constantes a pesar de las vicisitudes de la historia. Así se reconocen en el tercio más septentrional de la India, yendo de oeste a este: a) la Región del Noroeste b) Cachemira y c) la Llanura del Ganges. En el tercio central d) Gujarat y Rajasthan e) India Central y f) Orissa. El tercio meridional en su totalidad constituye la g) India del Sur.

a) La Región del Noroeste, coincidente con el actual Pakistán, fue la mayor puerta de contacto de la India con el exterior gracias a la relativa facilidad de comunicación con Irán, Afganistán y el centro de Asia, recibiendo variadas y complejas influencias provenientes de sus vecinos. Después de una larga evolución prehistórica fue la cuna de la civilización del valle del Indo, la primera cultura avanzada del subcontinente. Luego, pasaron por allí inmigrantes e invasores comenzando por los arios a los que siguieron persas, macedonios y oleadas de pueblos del Asia Central, árabes y afganos islamizados. Geográficamente se distingue por la presencia del Indo en su territorio cuyos cinco afluentes más notorios irrigan, en su parte norte, la llanura del Panjāb o “tierra de los cinco ríos”. El curso inferior del Indo transcurre por la región meridional del Sind, a la que otorga su nombre, terminando mediante un delta en el Mar Árabe. Hacia el noroeste del Panjāb, encajadas en un ángulo entre el Himālaya y el Hindu Kush, se encuentran las planicies de Gandhāra cuyo carácter internacional cristalizó en un arte notable imbuido de helenismo al comienzo de la era común.

b) Cachemira (Kashmir) pertenece ya al orbe de la cordillera con sus altas mesetas y profundos valles. Su centro es el valle homónimo rodeado completamente por montañas y surcado por el Jhelum, uno de los afluentes mayores del Indo. A pesar de su aislamiento geográfico, Cachemira fue bastante cosmopolita incorporando, a una visión intrínsecamente india, elementos griegos, nepaleses y tibetanos.

c) La llanura del Ganges fue desde una época temprana el granero de la India, proveyendo el río una vía de comunicación esencial para el desplazamiento de personas y mercaderías, sobre todo teniendo en cuenta la dificultad y lentitud del transporte terrestre. Esta circunstancia propició el desarrollo de una segunda urbanización, más perdurable que la primera, y el surgimiento de los primeros estados. Uno de los más poderosos fue Magadha, en la provincia de Bihar, el que además de su riqueza agrícola y control estratégico del Ganges disponía en la meseta de Chota Nagpur del área más rica en minerales de todo el país. En el curso de la historia muchos imperios se gestaron en torno a este centro de gravitación política y económica.

El Ganges desemboca en la bahía de Bengala como un inmenso delta uniéndose con el Brahmaputra para formar el Padma. Los numerosos brazos cambian dramáticamente de curso con frecuencia provocando catastróficas inundaciones las que, por otra parte, se suceden de manera más regular durante las lluvias monzónicas favoreciendo los cultivos a la par que causando destrucción. La mitad oriental de Bengala, la actual Bangladesh, apenas se levanta sobre el nivel del mar y ya desde los albores tuvo una personalidad propia siendo conocida en la antigüedad como Vaṅga, nombre del cual deriva el de Bengala. La mitad occidental se llamaba, en cambio, Gauḍa y tanto en una como en otra la vegetación es exuberante por doquier, con bosquecillos de bambú, mangos y cocoteros que en el área costera de Sundarbans ceden el lugar a un bosque pantanoso de manglares y canales, dominio del tigre rayado.

d) En Gujarat la península de Saurashtra o Kathiawar, situada al sur del Sind, aparece ya desde un principio definida por su proximidad al Mar Árabe, beneficiándose de los excelentes puertos de los golfos vecinos, el de Kutch (o Kachchh) al noroeste y el de Cambay al este, fuente para sus habitantes de ingresos constantes a través del comercio marítimo con Oriente Medio y Europa. Mientras que allí tiene su hogar el león asiático, bandadas de flamencos y manadas de asnos salvajes merodean en la desolación del pequeño y el gran Rann de Kutch, ubicados respectivamente al norte y noroeste de la península, antiguas extensiones del mar hoy convertidas en gigantescos pantanos salinos.

Los dos accidentes geográficos más notables del Rajasthán son el extenso desierto del Thar que lo separa del Sind y los montes Aravalli cuya diagonal lo divide en dos áreas de fertilidad desigual (noroeste improductivo y sudeste más fértil). La fisonomía de la región se define tardíamente con la estirpe de los Rājput, pueblos de espíritu marcial enfrentados entre sí y enemigos de los musulmanes en la época medieval, fundadores de notables fuertes estratégicos cuya perduración es una de las razones de su fama. Un área del sudeste del Rajasthán, sin embargo, gravitó precozmente en la escena política india, primero con el nombre de Avanti y, luego, con el de Malwa. Su capital era Ujjain, hoy incluida junto con el territorio circundante en el moderno estado de Madhya Pradesh, un centro político de primer orden no sólo a escala local, sino también con frecuencia a escala suprarregional.

e) La India central es una región difícil de definir abarcando la parte sur de Madhya Pradesh y el norte de Maharashtra. El territorio del primero se presentaba

como una zona transicional en la que un remanso de islas agrícolas, en medio de bosques y colinas, alternaba con unas pocas ciudades, beneficiarias del comercio entre el Doāb y el Deccán al estar emplazadas sobre las principales vías de comunicación entre ambos. Los intercambios eran, también, el mayor recurso del Maharashtra brindándole la costa de Konkan, entre los Ghats occidentales y el Mar Árabe, buenos puertos, conocidos desde la antigüedad por negociantes griegos, egipcios y árabes. Desde la costa, rutas terrestres se dirigían al interior atravesando un paisaje singular de lavas erosionadas, asiento de numerosos templos y monasterios rupestres.

f) Al sudoeste de Bengala se extiende la provincia de Orissa, llamada en el pasado Kaliṅga, un área relativamente marginal cuya lenta evolución institucional no permite la formación de estados indígenas poderosos hasta la edad media. Una parte considerable de su población eran, y aún son, “tribus” de afiliación lingüística diversa, habitantes de los bosques que cubrían la generalidad del territorio. Aunque Orissa pertenece geográficamente al Deccán ha estado, por lo general, más en la órbita política y cultural del norte que en la del sur.

g) Los límites de la India del sur varían según el criterio empleado para definirla. La división política, establecida en 1.948 al proclamarse la independencia, tuvo en cuenta, ante todo, el mapa lingüístico ya que las cuatro provincias meridionales, Karnataka, Kerala, Andhra Pradesh y Tamilnadu, no sólo tienen una inmensa mayoría de parlantes de la familia dravídica, en contraste con el predominio de lenguas indoeuropeas en el resto del país, sino que cada una de ellas coincide con la distribución de un idioma particular. Geográficamente, hay continuidad sin embargo entre la India del sur y la central al formar ambas parte del Deccán, una continuidad apoyada a menudo por la historia cuando las dinastías del sur tendieron a considerar como frontera natural, antes que cualquier otra, a la “barrera” Vindhya-Narmada. Artísticamente, en cambio, el límite se encuentra mucho más abajo ya que el estilo meridional por antonomasia es el del Tamilnadu, siendo el Karnataka y Andhra Pradesh áreas híbridas y transicionales.

La arquitectura del Kerala es, en contraste, muy diferente de las precedentes reflejando los contactos internacionales de esta angosta franja de tierra aislada del interior por los Ghats, pero abierta al comercio marítimo con romanos, árabes, chinos y europeos. Paralelo a la costa del Kerala, llamada de Malabar, hay un paisaje característico en el que una sucesión de lagunas de agua salada, interconectadas por canales surcados por pintorescos botes de pescadores, se instala entre cocoteros interminables. La costa se estrecha hacia el norte, en el Karnataka, donde los Ghats dificultan su acceso. Allí la mayor parte de la superficie es ocupada por una meseta surcada por el Krishna y sus tributarios los cuales, naciendo en los Ghats occidentales, irrigan los suelos poco productivos del estado y del vecino Andhra Pradesh para desembocar en la bahía de Bengala.

La costa de Andhra Pradesh tiene casi 1.000 kilómetros de longitud prolongándose hacia el sur con la de Coromandel en el Tamilnadu, estado en gran parte fuera de los confines estrictos del Deccán al incurvarse los Ghats orientales para unirse con los occidentales en su parte septentrional. El Tamilnadu es el corazón del

sur y su vasto territorio, predominantemente llano, se organizó ya desde el albor de la historia en tres subregiones bien marcadas. Hacia el norte se encontraba el país Pallava con su capital en Kanchipuram, cerca de la actual Chennai (llamada hasta hace poco Madrás); en el medio, en el delta del Kaveri (el río más prominente de la región), el país Coḷa cuyo epicentro era la ciudad de Tanjore, y en el extremo sur el país Pāṇḍya gobernado desde la añeja urbe de Madurai.

II. Historia

A. Las Fuentes

La historia de la India no es lineal ni simple. La casi perenne falta de unidad política estimuló la proliferación de los estados regionales, la multiplicación de las dinastías, las guerras incesantes. De tanto en tanto surgieron reinos más poderosos que, por comodidad, llamamos imperios aunque ninguno abarcó la totalidad del territorio, la soberanía que ejercieron fue las más de las veces indirecta y su duración comparativamente breve. Contribuyeron al debilitamiento de la autoridad central las frecuentes invasiones de pueblos extranjeros, atravesando el Hindu Kush gracias al desfiladero relativamente accesible de Khyber para aportar sus propias tradiciones, cuya impronta fue más honda en el norte que en el sur del país y su efecto variable según las costumbres locales.

A la fragmentación política correspondió una extraordinaria diversidad lingüística y religiosa acentuada por la peculiar tolerancia de la sociedad india hacia las ideas más dispares. Esas circunstancias subyacen a la gran vitalidad de esta civilización, traducida en una enorme producción filosófica, literaria y artística. Por su parte, la ciencia se restringió a explorar áreas teóricas del conocimiento porque en el pensamiento indio la especulación tendió a predominar sobre la experimentación. Aunque la India antigua fue refinada y compleja y en muchos aspectos indudablemente urbana, fue al mismo tiempo profundamente rural. Aparte de los templos, resta muy poco de las ciudades. Los edificios públicos y los palacios eran de materiales perecederos y la planificación parece haber sido limitada, muestra de una sociedad intensamente preocupada por lo espiritual donde lo religioso prevaleció sobre lo secular.

Por otra parte, la creencia de los indios en un tiempo cíclico y su interés por lo ideal más que por lo real no los estimuló a registrar y datar los acontecimientos, prefiriendo con frecuencia la leyenda a la historia. Tal es así, que la primera obra de la India calificable de histórica, el *Rāja-taraṅgiṇī* (“El Río de los Reyes”) de Kalhaṇa, es tardía, compuesta en Cachemira recién en 1.148. En compensación, las fuentes literarias son comparativamente abundantes comenzando por los himnos del *Ṛg-veda*, en su mayoría anteriores al primer milenio aEC, seguidos de otros textos religiosos brahmánicos, como los *Brāhmaṇas* y las *Upaniṣads* y, a partir del siglo IV aEC, por las primeras escrituras budistas y jainistas que abren una ventana única sobre un tiempo de efervescencia filosófica y espiritual coincidente con el nacimiento de los primeros estados.

El *Mahā-bhārata*, la gran epopeya hindú, es una amalgama de materiales muy diversos, algunos anteriores y otros posteriores al inicio de la era común, que incluyen no pocos datos sociológicos invalorable. Una obra esencial, más o menos contemporánea, es el *Artha-sāstra*, pionera en detallar la organización del estado y de la economía. Los *Purāṇas*, suerte de escrituras del hinduismo de carácter enciclopédico, son también relevantes aunque posteriores. Las obras literarias propiamente dichas contribuyen a rellenar algunas lagunas, en particular varios dramas teatrales y panegíricos de reyes. Para el sur de la India, un análisis minucioso de los primeros poemas de la literatura tamil, que datan de los primeros siglos EC, proporciona datos

sobre un período oscuro.

Las primeras noticias difundidas en el Occidente sobre la India las aportaron los griegos con las breves líneas que le dedica Heródoto en su “Historia” (c. 430-426 aEC), recopilación de noticias obtenidas en última instancia de los persas. Los acompañantes de Alejandro Magno proporcionaron un testimonio directo, aunque no siempre fidedigno, como se ve en los relatos de Nearco y Onesícrito, comandantes de una expedición naval desde el Indo hasta el Éufrates; perdidos en su forma original se preservan, parcialmente, en obras de autores posteriores tales como Arriano y Estrabón. De Megástenes, embajador acreditado por Seleuco (sucesor de Alejandro en el Oriente) ante la corte del primer imperio de la India, el Maurya, a comienzos del siglo III aEC, sobrevive en forma fragmentaria “Índica”, una obra clave por ser menos fabulosa y más profunda que las anteriores. Finalmente, el “Periplo del Mar Eritreo”, un manual para viajeros del siglo I EC, de autor desconocido, proporciona valiosa información sobre el comercio y la navegación. Las fuentes romanas y griegas tardías consisten, sobre todo, en la “Historia Natural” de Plinio el Viejo completada en 77 EC, el “Anábasis” de Arriano (muerto en 180 EC) y “Sobre la Naturaleza de los Animales” de Aeliano (c. 170-235 EC).

Los chinos son insustituibles para el conocimiento de los pueblos del Asia Central que invadieron la India entre el siglo II aEC y el VI EC, destacando *Qian Han Shu* y *Hou Han Shu*, las historias oficiales de las dinastías Han Occidental (206 aEC-25 EC) y Han Oriental (25-220 EC), respectivamente, a las que debe sumarse el relato de Zhang Qian, enviado del rey Wu Ti a las estepas centroasiáticas en 138 aEC y primer explorador en proveer información substancial sobre la región, logrando retornar a su país después de una década de cautiverio. Sobre la India propia, contamos con las memorias de unos pocos peregrinos audaces atraídos por la cuna del budismo adonde acudieron en pos de manuscritos doctrinarios y filosóficos, legándonos obras tales como “Informe sobre Reinos Budistas” (399-414 EC) de Fa Xian e “Informe sobre las Regiones Occidentales” (629-645 EC) de Xuan Zang. Más tarde, viajeros árabes, comenzando con el mercader Sulaiman en el siglo IX y entre los que destaca el famoso Ibn Battuta (1.304-68), visitaron el área. De un orden diferente son las contribuciones del erudito al-Biruni, intentando dar un panorama comprehensivo de la cultura India en una obra enciclopédica escrita en árabe en el siglo XI, y las de cronistas musulmanes profesionales documentando metódicamente la conquista y ocupación islámica de la India. Los Europeos no estuvieron ausentes. El veneciano Marco Polo recorrió la costa occidental de la India peninsular a fines del siglo XIII y un mercader italiano, Nicolò de’Conti, describió el gran imperio hindú de Vijayanagara a comienzos del siglo XV como también lo hicieron un embajador de la dinastía timúrida, Abdur Razzaq, poco tiempo después y un par de portugueses de la vecina colonia de Goa en el siglo siguiente.

A la casi total ausencia de historias vernáculas para el período preislámico se suma la insuficiencia de las excavaciones científicas. Los arqueólogos han favorecido el noroeste del país atraídos por la civilización urbana del valle del Indo y sus antecedentes neolíticos. La segunda urbanización, en el valle del Ganges, no ha recibido la misma atención, aunque se han explorado algunas de las primeras ciudades

tales como Pāṭaliputra, Rājagṛha, Ujjain y Mathura entre otras; lamentablemente las excavaciones han sido, por lo general, incompletas porque muchos de estos antiguos sitios fueron virtualmente destruidos por el crecimiento explosivo de las ciudades modernas en algunos casos y en otros por negligencia. En el sur, los datos arqueológicos son aún más pobres no obstante las investigaciones efectuadas en Dharaṇīkoṭa, Nagarjunakonda y el emporio de Arikamedu. Las inscripciones comienzan en el siglo III aEC constituyendo un corpus abundante, compuesto por unos 100.000 registros, sobre todo en piedra y planchas de cobre. Las monedas, cuyos primeros ejemplares aparecen por primera vez en los siglos V-IV aEC, son también cuantiosas y esenciales para la datación.

B. Edad de Piedra y Expansión en el Valle del Indo

Las primeras trazas de homínidos en la India son sus herramientas de piedra. Las más arcaicas, encontradas en el valle del río Soan y en la meseta de Potwar, cerca de Islamabad en Pakistán [Fig. 3], son simples guijarros y láminas manufacturados, según los arqueólogos, unos dos millones de años atrás. Estudios comparativos con complejos líticos análogos, pero no idénticos, de Europa y África, permiten clasificar a estos útiles remotos y a la industria Acheulense más evolucionada que les sucede como pertenecientes al paleolítico inferior, larguísimo período terminado hace unos 100 mil años. Las herramientas Acheulenses (así llamadas por un sitio tipo en Francia) comienzan hace medio millón de años y las más distintivas son hachas de mano distribuidas, en contraste con las precedentes, por todo el subcontinente. Hasta ahora los restos fósiles de sus hacedores brillan por su ausencia salvo por un cráneo de *Homo sapiens* arcaico, de unos 150 a 200 mil años de edad, descubierto en el valle del río Narmada, en el sitio de Hathnora (Madhya Pradesh). Esta especie y los homínidos que les precedieron (cuya evidencia es hasta ahora indirecta) eran en cierto modo nuestros precursores, pero no nuestros ancestros directos. Se trataba de eslabones de una línea evolutiva, predestinada a la extinción, reemplazada por el hombre moderno (*Homo sapiens sapiens*) emergido del África hace unos 150 mil años.

El límite entre el paleolítico inferior y el medio es impreciso caracterizándose este último por técnicas muy sofisticadas de fabricación de láminas y rascadores (de tipo Levallois). En contraste, la emergencia del paleolítico superior hace unos 30 o 40 mil años implica cambios dramáticos respecto al progreso muy lento ocurrido hasta entonces. No sólo hay una proliferación de nuevos tipos de implementos de piedra, tales como largas hojas cortantes y burines, sino también se emplean materias más blandas como huesos, cuernos y madera. Asimismo, aparecen las primeras, escasas, muestras de arte tanto parietales como portátiles. Las parietales en las cuevas de Bhimbetka (comentadas a continuación) y las portátiles en cáscaras de huevo de avestruz decoradas con líneas entrecruzadas y en un hueso tallado con una posible escultura de diosa madre.

La transición hacia el mesolítico se inicia hace unos 10 mil años en forma gradual con avances tecnológicos poco espectaculares, basados más en una progresiva diversificación de materiales y herramientas que en ideas radicalmente nuevas. Las

herramientas predominantes, conocidas como microlitos por su pequeño tamaño, provienen a menudo de “fábricas” donde eran trabajadas en gran escala sugiriendo la existencia de redes de intercambio entre comunidades. La gama más amplia de útiles permitió el aprovechamiento de múltiples fuentes de alimento, con menor dependencia de la caza, encontrándose evidencias de recolección de vegetales silvestres y de pesca al igual que rastros de pastoralismo. En consonancia, los asentamientos devienen menos uniformes que en el paleolítico como consecuencia de la adaptación a un mayor número de nichos ecológicos y de su aprovechamiento más eficiente. Muchas pinturas parietales sobreviven en los bellos abrigos rocosos de las colinas Vindhya, en India central, particularmente en Bhimbetka (a unos 45 kilómetros al sur de Bhopal). Algunas parecen remontarse al paleolítico superior, pero la mayoría son de este período y de otros subsiguientes. En las mesolíticas coexisten figuras de animales relativamente grandes, de superficie blanca, con otros delineados en rojo y estriados en su interior. Pigmentos rojos dominan, también, dinámicas escenas de caza y de guerra cuyos protagonistas principales están armados con arcos y lanzas. Poco frecuentes son viñetas de contenido religioso o social de difícil interpretación. Un carácter distintivo del mesolítico indio es su prolongación en el tiempo y superposición con culturas posteriores, técnicamente más avanzadas, perdurando en algunos casos, incluso, hasta la edad moderna. El paso hacia el sedentarismo, impulsado por la introducción de la agricultura desde el Medio Oriente a principios del séptimo milenio, no fue por lo tanto universal.

La domesticación de plantas y animales junto con la aparición de aldeas definen al neolítico cuyas primeras huellas en el subcontinente han sido reveladas por excavaciones en la llanura de Kachi, en Pakistán. Se trata de una zona de transición, entre las colinas de Baluchistán y la llanura indogangética, idealmente situada para explotar tanto las tierras altas como las bajas. Mehrgarh con una larga secuencia de ocupación, muy bien estudiada, es el sitio prototipo. Los niveles más profundos datan del 7.000 aEC cuando ya sus habitantes cultivaban el trigo, la cebada y los dátiles, y habían domesticado ovinos y caprinos. Usaban implementos microlíticos y construían sus casas con paredes de ladrillo crudo recubiertas de una capa de adobe. Enterraban a sus muertos en tumbas dispersas entre las viviendas, muchas de ellas con ricas ofrendas que incluían pulseras, cuentas, herramientas de hueso y piedra y, ocasionalmente, restos de cabras sacrificadas. Durante el séptimo milenio creció paulatinamente la población y en el sexto se domesticaron los bovinos al mismo tiempo que los aldeanos confeccionaban las primeras cerámicas para emplearlas como recipientes, en reemplazo de las cestas impermeabilizadas con bitumen del período anterior. Algunas casas fueron convertidas en depósitos, al dividirlas en pequeños compartimientos para almacenar granos y enseres. Otras evidencias de la creciente sofisticación de esta sociedad neolítica son las huellas de especialización artesanal en la forma de talleres para producir herramientas de hueso y adornos de esteatita. Del mismo modo, ocurrieron intercambios comerciales con regiones distantes importándose conchas marinas del Mar Árabe, cuentas de turquesa de Persia y lapislázuli de Badakhshan, en el norte de Afganistán.

A partir del 3.500 aEC se produce una expansión de asentamientos agrícolas en

las llanuras irrigadas por el Indo, en los que aparecen algunos objetos de cobre y de bronce, una fina cerámica pintada y figurinas de terracota. A comienzos del tercer milenio este proceso no sólo continúa sino que adquiere una uniformidad creciente, al perderse parte de la diversidad regional, indicando un alto grado de organización social y administrativa que preludia la emergencia de una cultura urbana plenamente desarrollada, conocida como civilización del valle del Indo o de Harappa. Dos sitios ilustran este período de transición clasificado por algunos autores como Harappa temprano: Kot Diji en el Sind y Kalibangan en Rajasthán. En Kot Diji una gran muralla de barro sobre fundaciones de piedra defendía un asentamiento con viviendas construidas con los mismos materiales. Su cerámica era producida, en su mayoría, con el torno del alfarero y su decoración se restringía a simples bandas pintadas; algunas piezas exhibían, sin embargo, un diseño en escamas de pescado y otras cuernos de búfalo, motivos popularizados en el período siguiente. Kalibangan situada en la orilla sur del río Ghaggar, hoy seco, estaba al igual que Kot Diji y otros sitios Harappa temprano rodeada de una muralla protectora, aunque aquí de barro crudo solamente. Aparte de una industria lítica, había talleres para manufacturar cuentas y ajorcas de concha y se producía una cerámica llamativa afín a la de Kot Diji. Se encontraron, también, notables rastros del uso precoz del arado para roturar los campos, en la forma de hileras de surcos estrechos dispuestos en ángulo recto respecto de otros más anchos, según una técnica empleada aún hoy con el fin de plantar dos cultivos simultáneamente.

A partir del quinto o cuarto milenio comienzan a surgir aldeas agrícolas en otras partes de la India. Una de estas áreas de cultivo temprano estaba en las colinas Vindhya aunque allí el grano predominante no fue el trigo sino el arroz. No obstante la práctica de la agricultura y la domesticación de animales, las tradiciones mesolíticas continuaron en esta zona con la fabricación persistente de herramientas microlíticas y la subsistencia de la caza y de la recolección. Sus habitantes moraban, a menudo, en chozas circulares y empleaban varios tipos de cerámica destacando uno muy distintivo con marcas de cuerdas o cestas impresas en la arcilla. El tercer milenio es testigo de una difusión cada vez mayor del neolítico con proliferación de asentamientos en Cachemira, Rajasthán, en el este y sur de la India. Estos permanecen relativamente pequeños y, a diferencia de lo sucedido en el noroeste, no se convierten en ciudades.

C. La Civilización de Harappa (c. 2.600-1.900 aEC)

En el valle del Indo la urbanización incipiente del período anterior da lugar, a partir del 2.600 aEC, a ciudades integrales y a una cultura evolucionada. En las últimas décadas se ha comprobado que esta última desbordó el área irrigada por el Indo, extendiéndose por una vasta zona de al menos medio millón de kilómetros cuadrados, por lo que muchos autores prefieren hoy llamarla Harappa, según el nombre del primer sitio arqueológico excavado, eliminando toda precisión geográfica. Fue la más expansiva de las civilizaciones tempranas, duplicando el territorio ocupado por Mesopotamia o Egipto para abarcar la mayoría del actual Pakistán y parte de los estados de Gujarat, Rajasthán, Uttar Pradesh, Panjāb y Haryana en la India, además de fundar una colonia en el norte de Afganistán. Lo más sorprendente es que los